

TEMA II.- LA VISIÓN DEL PATRIMONIO ARTÍSTICO EN LOS VIAJEROS

Si en el Tema I hemos visto la configuración del Patrimonio, corresponde al presente bloque estudiar como se ha confrontado este concepto de Patrimonio con el de Turismo, un capítulo que veremos a través del estudio de los viajes y los viajeros.

Además de ser un conjunto de actividades y una lucrativa industria, el turismo es ante todo una acción: la de viajar. La etimología nos explica algunos aspectos de interés. Durante la antigüedad romana el concepto de viaje recibía la expresión de *iter*, sustantivación de *ire*, ir o irse. De ahí la idea de itinerario o lo que es lo mismo, la descripción y determinación de las fases secuenciales de un viaje. Más tarde, las lenguas romances de la Edad Media articularon un nuevo término con la forma *uia* (voyage, viaggio, viagem y viaje), una raíz relativa a las condiciones materiales de la locomoción y el trayecto, y relacionada con el dinero y las provisiones para el viaje. Viajar en aquellos siglos exigía duras condiciones. El término inglés *travel* así lo indica, pues deriva del francés *travail* que significa trabajo, sinónimo de fatiga, esfuerzo y dificultad¹. Durante muchos siglos viajar no sólo exigía esfuerzo y dificultad, sino que además entrañaba peligro.

La etimología explica la idea inherente del viaje, pues el término turismo es la traducción del inglés *tourisme*, procedente del vocablo francés *tour* y cuyo significado es *vuelta* o *giro*. La palabra *tour* empezó a usarse con gran frecuencia en el siglo XVIII, sobre todo desde mediados de la centuria, momento en el que los británicos establecieron que una gran vuelta por Europa, con escala obligada en Roma, era la mejor instrucción para los jóvenes aristócratas. En ese gran viaje de ida y vuelta, en lo que llamaban el *Grand Tour*, se encuentran los gérmenes del turismo, aunque fue a finales del siglo XIX cuando la figura del viajero se transforma decisivamente para derivar en lo que hoy conocemos como *globe trotter* o *tourist*.

Los viajes hoy en día son fáciles y rápidos, cuesta imaginar otro tipo de desplazamiento en el que había que invertir tiempo o

¹ Ver Dieter WANNER en GARCIA CASTAÑEDA, *Literatura de viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*. Madrid, Castalia, 1999, pp. 15-19

vencer toda clase de incomodidades. Sin embargo nuestra historia se conforma de viajes, viajes emprendidos con un fin, como puede ser - dejando a un lado orígenes ancestrales, los móviles de supervivencia y de dominio y expansión del hombre sobre territorio- el de evangelizar, conquistar, comerciar, explorar o, simplemente, conocer. Aunque, realmente, nunca sabremos cual es el objeto principal del viaje, pues se trata de una experiencia fundamentalmente existencial en la historia del hombre.

Todo viaje exige un regreso, pues este regreso forma parte del viaje. Un viaje sin retorno y que acaba en una nueva vida sedentaria se transforma en lo opuesto. La palabra viaje comporta una idea de evasión, de aventura y de cambio y quizá, por ello, el viaje siempre ha estado conectado con la literatura.

.- LAS RELACIONES Y LOS LIBROS DE VIAJES

El objetivo de este epígrafe es ver las circunstancias que favorecieron los viajes, especialmente el viajar a España, los lugares que más atrajeron a estos visitantes, así como conocer los principales relatos de viajes de esta época que tanto contribuyeron a despertar la curiosidad por nuestra península y su riqueza monumental.

Cualquiera que sea el motivo del viaje es indudable que en él se experimentan una serie de vivencias que complementan el propósito de partida. En este sentido, es frecuente que el viajero plasme estas impresiones por escrito, en cartas, en relaciones, incluso en los mismos informes o memorias realizadas en cumplimiento de su misión conformando en su conjunto los denominados libros de viaje o relatos de viajeros.

La literatura de viajes ofrece las perspectivas más variadas y proporcionó durante la Edad Moderna la experiencia de conocer pueblos y lugares nuevos. Estas descripciones evocan el modo de pensar de una época. En numerosos casos el relato de un viaje adquiere una vitalidad sorprendente por la diversidad de experiencias que plantea el narrador, desde dejar constancia de los límites geográficos de su viaje a las diferencias lingüísticas que percibe, sobre todo cuando se trata de una personalidad de gran relevancia, pensemos por ejemplo en los diarios de viajes de Cristóbal Colón, o de aquellos de gran influencia intelectual, como los relatos de viajes del poeta alemán Goethe o los del escritor francés Stendhal.

En estos relatos se habla de los acontecimientos contemporáneos, de la vida social, de las costumbres del lugar visitado, las más de las veces incluyen la descripción de las ciudades por las que se pasa, de ellas se resaltan los accesos, la disponibilidad de albergues, la existencia de fuentes y mercado, la presencia de edificios emblemáticos, podemos decir que como las Guías actuales, proporcionan la información que necesita el futuro visitante. Esta información es de gran interés pues al forastero le llaman la atención aspectos que pasan desapercibidos, por cotidianos, a los naturales del lugar y en sus comentarios los cuenta con detalle estableciendo comparaciones con su ciudad o país de origen.

Por todo ello los libros de viaje son una importante fuente complementaria que da luz al estudio de muchos hechos históricos o artísticos, pero no hay que olvidar que siempre responden a las coordenadas socioculturales propias del momento histórico en que se escriben.

II.1.- LOS PRIMEROS RELATOS: LOS VIAJES DESDE LA ANTIGÜEDAD AL BARROCO.

Los viajes son un testimonio y un símbolo del destino individual y colectivo del hombre. Desde las más remotas civilizaciones el hombre ha viajado y ha dejado constancia en los orígenes de la literatura, en las grandes epopeyas, como la *Odisea* o la *Eneida*, en los relatos bíblicos y leyendas orientales, como en *Las Mil y Una Noches*, en las novelas de caballerías o en los relatos de peregrinación o las relaciones de grandes exploraciones.

La literatura fue metáfora de una realidad, la del viajar y la del viajero. Como se ha indicado los móviles eran diversos, pero no hay que olvidar aquellos viajes realizados simplemente para deambular por tierras extrañas, tal como San Isidoro de Sevilla dice en referencia a los viajeros del siglo VII. Igualmente, y como también se ha referido anteriormente, es importante el contexto histórico de la época para entender las propuestas de un relato de viajes y un ejemplo evidente lo ofrecen los textos en torno a las peregrinaciones a los lugares santos. Los puntos de referencia más antiguos fueron Jerusalén y Roma. La primera fue meta de muchos peregrinos desde la época de Constantino y un ejemplo famoso de relato a Tierra Santa fue el que escribió la supuesta monja gallega Egeria entre los años 381 y 384 con el título de *Itinerarium ad Loca Sancta*, una serie de

impresiones sobre su recorrido y los santos lugares que se conservó a través de manuscritos y códices en un convento de la ciudad italiana de Arezzo. Es cierto que la expansión islámica a partir del siglo VII dificultaría el viaje a esta zona, pero nunca llegó a impedirlo. Pronto otra forma de peregrinación se dirigió a Tierra Santa facilitando el viaje: las cruzadas; aunque como muy bien se ha señalado fue *la expresión violenta de este viaje sagrado*, convirtiendo los dos conceptos, peregrinación y cruzada, en *las dos caras de un mismo fenómeno religioso*.

La peregrinación más habitual durante los primeros siglos medievales tuvo como destino Roma, dado que era el lugar donde vivía el Pontífice, cabeza de la cristiandad. Además allí se encontraban los sepulcros de los Apóstoles, en concreto de San Pedro y San Pablo, además de numerosas basílicas que guardaban los restos de santos y mártires. La progresiva veneración hacia estos restos o reliquias se fue incrementando con el transcurrir de los siglos y resulta esencial para entender la motivación de la mayoría de los viajeros. Fue este espíritu religioso el que impulsó a los peregrinos a ir a Compostela, a partir de la aparición de los supuestos restos y sepulcro del apóstol Santiago en el siglo IX. Desde entonces se va configurando una ruta cuyo inicio comienza en Francia a través de una compleja red de caminos o calzadas para confluir en Roncesvalles y continuar por la meseta norte de la península hasta Compostela. También existió otra ruta por tierra peninsular que llegaba a Tuy y Pontevedra y, por supuesto, una peregrinación marítima para los cristianos de las islas británicas y la zona escandinava que accedían a Galicia a través del puerto de La Coruña.

El texto más importante conocido hoy por hoy de la peregrinación a Santiago se encuentra en la compilación titulada *Liber Sancti Iacobi*, del siglo XII, más conocido como *Codex Calixtinus* por atribuirse los primeros libros de dicha compilación al Papa Calixto II. El libro V, o *Liber Peregrinationis* o *Guía del viaje a Santiago* es una auténtica “guía del peregrino” que ofrece la ruta del viaje y se detiene en mencionar las obras de arte, la catedral y la ciudad compostelana. Este libro se atribuye al clérigo Aymeric Picaud, probablemente borgoñón y procedente de Cluny, quien redactó el texto más famoso sobre la peregrinación a Santiago. Es obligado mencionar aquí que una de las figuras fundamentales para el origen del turismo en España, el Marqués de la Vega Inclán, siendo Comisario Regio de Turismo, se ocupó de esta *Guía del viaje a*

Santiago y de su transcripción en 1927 con motivo de su ingreso en la Real Academia de la Historia²

Los viajes a Oriente, con destino final en Jerusalén o La Meca, tuvieron por lo general el mismo propósito personal y religioso. Durante el siglo XII dos viajeros hispanos emprendieron este duro y costoso periplo. El valenciano Ibn Jubayr se dirigió a La Meca acompañado por un médico de Granada. Su descripción presenta un gran interés por los comentarios geográficos y sociales que realiza de todos los lugares por los que pasan. El otro personaje, Benjamín de Tudela, dedicó trece años de su vida a recorrer gran parte de Europa, Francia y Alemania, Roma y las capitales más destacadas de Oriente Medio, como Bagdad, Damasco y Jerusalén. Su texto es de un gran interés pues enumeró, a manera de catálogo, todas las comunidades judías de su tiempo, consiguiendo uno de los mejores recuentos del medioevo³. En pleno siglo XIV otro viajero, Ibn Battuta, relató su viaje a La Meca, consiguiendo uno de los textos más completos al lugar santo y más conocida de la civilización islámica.

A partir del siglo XIV, con la paulatina pacificación de las relaciones entre cristianos y musulmanes, así como por la sucesiva instalación de los franciscanos en Tierra Santa, la peregrinación a los Santos Lugares se extiende y se convierte en una práctica devota que sustituye a los viajes precedentes de las guerras santas, las Cruzadas. Hombres y mujeres, ricos y pobres afrontan los riesgos de una travesía por mar y un trayecto por una tierra desconocida y habitada por pueblos hostiles.

De todos los viajes realizados al lejano oriente durante los últimos siglos medievales, el más famoso sin ninguna duda es el del mercader veneciano Marco Polo (1254-1324). Fue uno de los primeros en discurrir por la mítica ruta de la seda hasta China, convirtiéndose en un auténtico explorador de zonas desconocidas para los hombres del medioevo. Dictó su relato a un compañero de prisión cuando fue capturado en 1298, texto que se conoció como *Il Milione* (El millón) o *Libro de las maravillas* y que dio a conocer a los europeos de la época los increíbles logros de la civilización china.

² *Gnía del viaje a Santiago (Libro V del Códice Calixtino)*, discurso leído en el acto de su recepción por el MARQUÉS DE LA VEGA INCLÁN.... Madrid, Real Academia de la Historia, 1927.

³ Ver Vicente CANTARINO en GARCÍA CASTAÑEDA [coord.], *Literatura de viajes. El viejo Mundo y el Nuevo.*, Madrid, Castalia, 1999, pp. 23-30.

El interés renovado por la cosmografía y por la historia desde el Renacimiento origina un mayor número de viajes (gracias a los nuevos inventos, como la brújula, o la renovación y modernización de las técnicas marítimas, como las carabelas o los mapas) que, en consecuencia, dan lugar a una profusión de descripciones y relatos. Para empezar no hay que olvidar los “diarios” del mayor viaje de la época: los viajes a América de Colón. El descubrimiento de un nuevo continente abrirá nuevas rutas comerciales y marítimas y terrestres, convirtiendo a España y Portugal en los líderes de las exploraciones.

La riqueza del contenido de los relatos viajeros es muy variada dependiendo de la curiosidad y de la formación de quien escribe. En general, los más ricos en noticias durante los siglos XV, XVI y XVII se deben a estudiantes, eclesiásticos y embajadores, aunque no hay que despreciar los relatos de comerciantes, marinos o militares⁴. Los relatos de estos últimos suelen ser de lo más ameno y sugerente. Recordemos el viaje de nueve años por América que realizó Alvar Núñez a la par que relataba sus aventuras. Conocida como *Naufragios*, esta narración dedicada a Carlos V trata de sus aventuras y de cómo fue capaz de sobrevivir durante tan largo tiempo a la par que se adaptaba a las costumbres de los nativos⁵.

Esa curiosidad generalizada por conocer el mundo hizo que los europeos empezaran a conocerse mejor los unos a los otros. Una razón de estado, la boda de Felipe II y María Tudor, movilizó un enorme séquito de funcionarios y cortesanos a las Islas Británicas en 1554. Las cartas que los nobles y cortesanos remitieron a la península acabaron siendo publicadas en pliegos sueltos en Sevilla y un funcionario las aprovechó para editarlas en forma de libro: A. Muñoz, *Sumario y verdadera relación del buen viaje que el invictísimo príncipe de las Españas Don Felipe hizo a Inglaterra...* (Zaragoza, 1554). Destacan en este relato, como en el de otras cartas escritas durante el viaje, las impresiones sobre el paisaje, el pueblo inglés, sus costumbres. Paralelamente Bernardino de Escalante, un marino y sacerdote, así como cosmógrafo que acompañó al séquito, realizó un informe sobre la morfología de las islas, sus defensas y el carácter de sus gentes. Es importante ver siempre en estas descripciones como influye la ideología de los autores y el estamento social al que pertenecen⁶. Y es que el estatus social de los viajeros era un factor

⁴ Ver AA.VV., *La letteratura di viaggio dal Medioevo al Rinascimento. Generi e problemi*. Alexandría, Edizioni dell'Orso, 1989, p. 19 y ss.

⁵ Ver V. SERRANO, en GARCÍA CASTAÑEDA, 1999, pp. 83 y ss.

⁶ Ver J.L. CASADO SOTO en GARCÍA CASTAÑEDA, 1999, 63.

que determinaba el tipo de viaje y la elección del transporte, como el tamaño de los séquitos, los vehículos y caballos y la comodidad del alojamiento.

Los viajeros que recorrieron Europa durante los siglos XVI y XVII utilizaron los antiguos puentes y carreteras romanos, pues los nuevos proyectos de comunicaciones fueron muy escasos y dispersos, tal y como indica Antoni Maczak⁷, uno de los mejores investigadores sobre el viaje y los viajeros de la época, autor del riguroso estudio *Viajes y viajeros en la Europa Moderna*. Siguiendo sus análisis, cabe señalar que la superficie pavimentada, tanto de los caminos como de las calles de una ciudad, elevaba la opinión que del lugar tenía el recién llegado, aunque era el suelo, el clima y el tiempo los factores básicos para determinar la calidad de una carretera o un camino. Hay que tener en cuenta que no había señales viarias, sino inscripciones sobre mojones en las vías principales y que cuando un viajero abandonaba la carretera principal, sus dificultades se multiplicaban, quedando al abrigo de los ladrones, los osos y los lobos o la nieve y la intemperie, especialmente en las zonas montañosas y en los Alpes.

Por otro lado, hay que recordar también el estado primitivo de la ingeniería mecánica durante la época moderna, la falta de cualquier progreso que dificultaba los largos viajes. Se rompían las ruedas y se partían los ejes de los vehículos y carros. No obstante, y como indica el citado Maczak, a lo largo de los siglos XVI y XVII hubo una lenta evolución en el transporte de viajeros, pues cada vez se hicieron vehículos más cómodos, con suspensión de cuero y con una función semejante a un moderno sistema de muelles, y el coche empezó a adquirir importancia como símbolo de estatus social frente al caballo de silla. Aunque se fue perdiendo la costumbre de los viajes a pie, no se olvidó, pues era el medio más común del pobre, tal y como revelan los relatos de los viajes de los peregrinos y de los monjes, amen de los vagabundos y de los pícaros (pues, no olvidemos que en la novela picaresca el viaje tiene mucha importancia).

Durante la época moderna los viajeros europeos mencionan ya la figura de un guía, cuyo papel era crucial para algunos periplos. Proporcionaban a los viajeros no sólo el camino a seguir, sino también compañía, amen de informaciones, descripciones o leyendas. Pero mayor trascendencia tuvo la aparición durante la segunda mitad del siglo XVI de lo que podría denominarse las primeras guías de

⁷ Ver Antoni MACZAK, *Viajes y viajeros en la Europa Moderna*, Barcelona, Omega, 1996, p. 5 y ss.

caminos o mapas. En 1552 apareció en París *La Guide des chemins de France*, elaborada por el impresor Charles Estienne a base de los relatos anteriores de peregrinos o de entrevistas a comerciantes. Aunque su utilidad práctica era limitada por la falta de información y su defectuosa escala, sirvió como fuente fundamental para las guías de caminos posteriores, y su revisión fue sucesiva hasta llegar a veintiocho ediciones. Proporcionaba información sobre lugares de interés histórico, consejos sobre qué camino tomar o donde pernoctar.

Un siglo después son los ingleses quienes se especializan en publicaciones relacionadas con los viajes. Merece destacarse la *manera de viajar* que propone Edmond Tyllney (1579-1610) en *Method of travelling*, una serie de instrucciones que no eran más que plagios de relatos anteriores. Por las mismas fechas aparece el texto *View of France*, de Robert Dallington (1561-1637), una descripción de Francia en la que se combina impresiones personales, consideraciones política e información de carácter enciclopédico. No obstante, los europeos publicaron textos con tablas y mapas. De gran trascendencia fue la aparición de *Civitatis Orbis Terrarum*, de Braun y Hogenberg, con ilustraciones sobre la topografía de numerosas ciudades europeas, un repertorio que aumentará enormemente a lo largo del siglo XVII.

Durante todo el siglo XVII destacó un texto básico para proyectar un viaje por Gran Bretaña: se trata del libro escrito por John Ogilby y conocido como *Britannia* o *Itinerarium Angliae*, publicado en 1675. Desde entonces crece el número disponible de libros para viajeros, guías especializadas con consejos prácticos, aunque todos ellos se copiaban unos de otros y se inventaba mucho. También empezaron a hacerse populares libros o guías locales dedicadas a ciudades. Sin duda, la que ganó el record fueron los textos dedicados a Roma alcanzando entre 1475 y 1600 más de 127 libros, algunos ilustrados con xilografías y en ocasiones dedicadas a edificios concretos. Muchos de estos textos se conocen con el término de *Mirabilia*, característico del siglo XVI. Los monumentos que se recogen, en su mayor parte de la antigüedad romana, son ya testimonios de un pasado histórico. Durante el siglo XVII también se puso de moda el término *Deliciae* o *Délices* entre los autores que se dedicaban al relato de viajes, como sinónimo de “guía”, o bien *Itinerarium* (o bien, *Itinerario* o *Itinerary*, según las lenguas), siendo el texto más conocido el escrito por Fynes Moryson, *An Itinerary*, cuya primera edición apareció en Londres en 1617.

Uno de los temas más reiterados por los autores es el de la posada, pues las ventas o los alojamientos constituían un criterio básico para valorar los lugares que se visitaba. Viene al caso mencionar la frase de un viajero sagaz y sensible, el filósofo Michel de Montaigne, quien en sus *Ensayos* comentó: “*confieso que, al viajar, raras veces me bajo en algún lugar o llego a una venta sin que se me pase por la cabeza primero si estaría bien allí en caso de enfermar o estando agonizante, si moriría a gusto y aceptaría la muerte con tranquilidad...*”⁸. Indudablemente, el alojamiento era uno de los aspectos más espinosos del viaje durante esta época. Por lo general, las posadas y ventas europeas, a tenor de lo que comentan los viajeros, eran pésimas. Se imponía viajar con los propios colchones por temor a contagiarse de sarna u otras enfermedades.

De todas las impresiones que nos han dejado los relatos de los viajeros sobre las posibilidades de alojamiento para pernoctar, las más fuertes corresponden al viaje por la península ibérica. Según algunos testimonios, prácticamente no existían en el campo y en las zonas de montañas y el viajero estaba obligado a llevar consigo su propia comida, el agua e, incluso, la paja para dormir. Así lo aseguraba Francois Bertaud en su diario, *Journal du voyage d'Espagne*, impreso en 1664. En las grandes ciudades, como Madrid, Sevilla o Barcelona, los albergues para viajeros podían ofrecer las mismas comodidades o incomodidades que las del resto de Europa, aunque es bien cierto que la escasez de alimento, incluso de agua, era un problema cotidiano para el que llegaba, como le ocurrió a Jakub Sobieski cuando recorrió Andalucía, en un viaje por España y Portugal entre 1607 y 1613. Años después, otro viajero, el inglés Richard Wynne, con un séquito de compañeros y miembro de una misión oficial, dejaba escrito el mal nivel de las posadas españolas con respecto a las inglesas, al asegurar que no había cristales en las ventanas, *porque estas cosas no se conocían en estos lugares*.

Desde comienzos del siglo XVII la imagen de España empezó a tener ciertos tintes negativos, determinados por diversos factores, como la lucha contra los ingleses, la revuelta de los Países Bajos, la intolerancia religiosa o la inquisición, amén de una corte corrupta y viciosa cuya imagen nutriría la conocida leyenda negra española. En 1620 se publica en Londres *The Character of Spain or, an Epitome of their virtues and vices*, una especie de compendio sobre lo pensaban los ingleses sobre España. Era un país yermo, hambriento y mísero,

⁸ Ibidem, p. 49

de hombres ostentosos y crueles. Los ingleses que viajaron por la península durante esta centuria dejaron escritas las constantes del pueblo español que más tarde aflorarán como tópicos en la literatura de viajes: el fanatismo y la superstición, los prejuicios y la soberbia, la lentitud y el desprecio al trabajo, la escasez y la pobreza. Comentarios que contribuyeron a reforzar una imagen tradicional de España, un reino que vivía anclado en el pasado.

Uno de los aspectos que más debe interesarnos es la actitud del viajero de la época moderna ante las obras de arte que encontraba, o al menos, como indica Maczak, el nivel de entusiasmo y, en este sentido, hay que recordar que durante los siglos XVI y XVII no se viajaba por ver o admirar “monumentos”, tal y como hoy entendemos. Al viajero le interesaban otros aspectos, como el de la riqueza, si una obra era de mármol, alabastro, de oro o de plata, o de marfil, les llamaba la atención su valor material. También comentaban si un edificio estaba acabado o no, y muchos viajeros del siglo XVI se lamentaron de la catedral de Colonia o Milán no estuvieran terminadas. Por otro lado, hay que contextualizar sus opiniones y es lógico que durante estos siglos la imagen de una obra gótica no fuera bien apreciada: “*gótico era un término peyorativo y descalificaba un edificio a los ojos de la gente culta*”⁹. Para muchos viajeros el arte era secundario, le interesaba ante todo las curiosidades, comentaba sus impresiones con muchos errores, entre otras cosas porque no sabían distinguir entre románico, gótico o renacimiento y porque faltaba todavía una conciencia artística.

Los comentarios sobre la riqueza artística que escribe el viajero de la época moderna resultan todavía muy parcos. No obstante, donde más información se dio fue sobre Italia. Las primeras guías y libros sobre Roma, antes comentados, proporcionaron leyendas asociadas a los edificios religiosos que buscaban muchos viajeros y desempeñaron un papel muy importante en la educación artística de estos primeros turistas.

Por otro lado, los viajeros que fueron a Italia encontraron una fuente de información importantísima en la obra de Giorgio Vasari, en *Las vidas de los artistas* (1542-1550), un conocido repertorio de biografías de artistas italianos que proporcionó datos al viajero. De hecho, muchos comentarios de pintores y otros artífices que aparecen en los relatos de viajes son copia de este texto fundamental. Fue

⁹ Ibidem, 1996, p. 293.

importante, pues supuso de alguna manera que el arte dejara de ser anónimo para el viajero, empezaron a saber quien era y que había pintado Giotto o que Miguel Angel había pintado una capilla en el Vaticano. Entre los primeros entendidos sobresalen los viajeros británicos, los primeros en adquirir una experiencia artística, muchos de ellos compraban dibujos o encargaba retratos y otros cuadros durante su trayecto.

Vale la pena extraer algunas de estas impresiones recogida por Maczak. Un viajero del siglo XVII, Nicolás Audebert, escribió lo siguiente ante las esculturas sepulcrales de la Sacristía de San Lorenzo en Florencia: *“es lo más bello de Florencia e incluso se considera la obra maestra de Miguel Angel. Por eso voy a describirla exactamente a fin de recordarla y conservar un recuerdo escrito que, de no hacerlo, podría olvidar fácilmente”*. Igualmente, las ciudades italianas y su paisaje urbano llamaron la atención de los viajeros. Un inglés dejó escrito que *“la vista de Venecia que admiraba desde mi góndola cuando llegué a Marghera me pareció la pintura de un paisaje flamenco o una demostración matemática de la perspectiva: la torres y los monasterios sobre el mar y sobre todo de Murando, separada de Venecia, me lo recordaban mucho...”*¹⁰.

Durante esta época muchos artistas viajaron por Europa, aunque el destino favorito fue Italia. Los artistas conforman un capítulo especial, pues sus fines eran bien diferentes a los viajeros comunes. Se interesaban por reproducir lo que contemplaban. Son famosos los libros de esbozos y apuntes que Alberto Dürero realizó en sus viajes a Venecia y los Países Bajos, por ejemplo. Otros, escultores y pintores europeos, viajaron a Italia para formarse, estudiar y copiar obras de arte renacentistas y barrocas. Otros, como Pedro Pablo Rubens en su viaje a España, tuvieron objetivos diplomáticos, sin olvidar la misión especial que se le encomendó a Velázquez en sus viajes a Italia: la compra de obras de arte para el rey de España Felipe IV, piezas que engrosarían las colecciones reales y formarían con el tiempo un capítulo importante de nuestro patrimonio. Los ejemplos son muy numerosos y no hay más que repasar los capítulos de la historia del arte de este periodo.

Por último, deben señalarse dos aspectos sobre los viajes de la época barroca. El primero es la creación en la segunda mitad del siglo XVII de la Royal Society en Inglaterra, una fundación que promovió

¹⁰ Ibidem, 1996, 295 y ss.

los viajes como motor de renovación, para conocer cosas nuevas y extraer conclusiones, recomendando la publicación de la información obtenida a través de correspondencia o relatos de viajes. La Royal Society publica instrucciones para los viajes y añade que el resultado del relato viajero debe narrar informar al público de los descubrimientos de la ciencia, de las mejoras del arte y de la extensión del conocimiento. La segunda cuestión es el inicio de la proliferación del viaje inventado, los relatos de falsos viajes, una especie de plagio que redactaron ciertos autores sin salir de su casa. El caso más conocido y discutido a finales de la centuria fue el de los dos textos franceses de la baronesa D'Aulnoy, sus *Memorias de la Corte de España* (1690) y la *Relación del viaje a España* (1691), dos obras de gran éxito y de inmediata traducción a varios idiomas, pero una narración absolutamente inventada e inverosímil que recopila informaciones de anteriores viajeros. Es uno de los primeros de una larga serie de falsos viajes publicados.

II.2.- LA OBSERVACIÓN ILUSTRADA Y LA RIQUEZA ARTÍSTICA:

Durante el siglo XVIII se produce un enorme incremento de la literatura de viajes a países lejanos a la vez que se multiplican los relatos de exploraciones a tierras africanas, americanas, asiáticas y oceánicas. Es el siglo por excelencia para realizar la vuelta al mundo, una idea fomentada por las expediciones científicas. Éstas proporcionaron precisos textos cuya misión era la de informar, Entre las grandes hazañas sobresalen el viaje de once años de Jorge Juan y Antonio de Ulloa por el nuevo continente y cuyas observaciones redactaron en 1748 con el título *Noticias secretas de América y Relación histórica del viaje a la América Meridional*. El más grande explorador de finales del siglo XVIII, por ser el descubridor ante el público europeo de lo que entonces era la América Virreinal, fue Alexander von Humboldt, el padre de la geografía moderna; resultado de buena parte de sus periplos fue el *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, publicado en los primeros años del siglo XIX.

Estos largos periplos dieron lugar, por otro lado, a relatos fantásticos de viajes en los que los relatores aumentaban el aspecto subjetivo o fabuloso de lo visto. Ahora bien, lo subjetivo en ciertos relatos de viajeros no está relacionado con la falta de veracidad, sino en cómo se narra el viaje o como se recrea esta experiencia. Durante

la segunda mitad de la centuria el viaje es motivo para relatar impresiones sentimentales y muy personales, como hizo Lawrence Sterne en su *Viaje Sentimental*, en realidad un viaje por Francia e Italia, publicado en 1768. En otros casos, el autor recrea un viaje al pasado, un viaje imposible y fabuloso, como el que escribió J.J. Barthélemy en 1789 (con el título de *Voyage du jeune Anarcharsis en Grèce au milieu du quatrième siècle avant l'ère vulgaire*) y, por último, muchos relatos de viajes son, en definitiva, pura literatura o novela de viajes, tema ajeno a nuestro estudio.

Uno de los fenómenos viajeros del siglo ilustrado fue lo que se denomina el *Grand Tour*, un recorrido por Europa con escala obligada en Roma. La pionera en promover este recorrido fue Inglaterra. Desde mediados de siglo XVII muchos viajeros, entre ellos muchos artistas, tenían como meta Italia para admirar su riqueza artística, sus ruinas clásicas y contemplar sus paisajes. Se hizo habitual que los jóvenes de buena familia y de las clases acomodadas viajaran al extranjero, recorriendo diversos países en compañía de un preceptor o tutor. Para los ingleses era un medio indispensable para la educación de los jóvenes. Así, pues, lo más importante del viaje ilustrado era su carácter educativo.

Los antecedentes ideológicos del Grand Tour los encontramos en el pensamiento de Francis Bacon. En uno de sus ensayos dedicado al viaje (*Of travel*, 1625) puso de relieve que “*el viaje durante la juventud de un hombre es parte de su educación, mientras que si se realiza durante la vejez es una parte de su experiencia*”¹¹. Fue Bacon quien además recomendó que el joven viajero que previamente se adquirieran algunos conocimientos del país o países que se van a visitar, así como algunos conocimientos del idioma, que el joven fuera acompañado por una persona de más edad y experiencia, de un tutor que dirija la ruta y decida que es lo que ver y visitar. El ensayista inglés recomienda, entre una larga lista de objetivos, “*los muros y fortificaciones de las ciudades y recintos; asilos y puertos; antigüedades y ruinas; bibliotecas, casas y jardines de lujo y placer...*”, así como asistir a universidades, conferencias y tertulias, y, por último, subraya la importancia de llevar un diario para tener constancia de lo aprendido y contemplado.

Así, pues, Bacon ofreció los elementos fundamentales del posterior viaje ilustrado. La idea del valor educativo fue recogida por

¹¹ Citado por KRAVEL HEREDIA, Blanca, *Viajeros británicos en Andalucía, de Christopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*, Málaga, 1986, p. 33

numerosos pensadores europeos del siglo XVIII. El mismo J.-J. Rousseau, en su tratado *Emilio o De la Educación* (1762) insiste en el tema añadiendo que “*era preciso saber viajar*” y otra figura española ilustrada, Clavijo y Fajardo, escribe en *El pensador* (1762) la importancia de un viaje para comparar lo que se ha visto fuera con lo que se practica en su país, pues “*ve lo que falta y lo que sobra...*”.

Serán los británicos, los más viajeros de Europa, los protagonistas por excelencia del Grand Tour. A principios de siglo aparece el libro de Joseph Addison, *Remarks on several parts of Italy in the years 1701, 1702 and 1703*, un texto que se convirtió en un auténtico manual para todo inglés que quisiera llegar hasta Italia. A esta obra le sucedieron numerosos textos especialmente dirigidos al viajero interesado por emprender el tour, como el libro de Nugent, *The Grand Tour* (1778). Con el tiempo este Tour se fue haciendo más cosmopolita y a los ingleses sucedieron los holandeses, franceses, alemanes y nórdicos. El periplo acabó convirtiéndose en una señal de distinción social en toda Europa.

El Grand Tour duraba en torno a dos y tres años y se centraba fundamentalmente en recorrer Francia hasta llegar a Italia, y retornar por algunas zonas de Europa Central y los Países Bajos. Por tanto, la península ibérica quedaba fuera de juego, fuera de la ruta convencional. En el siglo XVIII España era uno de los países menos conocidos de Europa y uno de los menos atractivos por su aislamiento geográfico, por su retraso, sus rasgos históricos y sus pocos avances técnicos. El viajero británico que desde Francia decidía entrar en la España del siglo XVIII más que un viajero era un aventurero, una especie de explorador. La península era la gran desconocida de Europa, tal y como comentaba el gran filósofo francés Voltaire: “*Es un país del que sabemos tan poco como las regiones más salvajes de África, pero no vale la pena conocerlo*”¹².

Pese a la marginalidad de España en el Grand Tour, a lo largo del siglo XVIII y de forma paulatina van llegando viajeros a la península, especialmente a partir del reinado de Carlos III, hasta conformar durante el siglo XIX una variante del itinerario general. Vienen con la idea de descubrir una tierra desconocida y con la intención de narrar en un libro sus impresiones, comentarios que en su mayoría estarán mediatizados por tópicos y prejuicios acuñados con anterioridad.

¹² Citado por GUERRERO, Ana Clara, *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1990, p. 15

Por otro lado, hay que recordar que el cambio de dinastía producido a la muerte de Carlos II pone a nuestro país en el punto de mira de la política y diplomacia europeas. Es entonces cuando empiezan a llegar los viajeros ilustrados interesados en conocer las reformas borbónicas que dejarán reflejadas en sus escritos junto a comentarios acerca del carácter de la gente o de la riqueza artística. En este siglo abunda este género literario, la literatura de viajes, pues los escritos y ediciones son numerosísimos y, en gran medida, están caracterizados por la observación, el método y la racionalidad. Aquí podemos rastrear ya los orígenes de la valoración de las obras de arte, dado que estos libros iniciaron la difusión del interés por el futuro monumento histórico.

Los viajeros británicos del siglo XVIII insistieron en los mismos problemas de la centuria anterior en lo referente a posadas y ventas, caminos y calzadas, suciedad y miseria. Aunque ahora explican que lo intransitable de los caminos era reflejo de la mala gestión del estado, que las trabas de peajes, aduanas y portazgos exigían numerosos gastos o que la Inquisición impedía viajar con libros. Todo era consecuencia de un mal gobierno, como señala Alexander Jardine en sus famosas cartas, una de las obras más profundas y completas sobre la España de la segunda mitad del siglo XVIII, publicadas después de sus dos viajes (en 1766 y en 1776) con el título de *Letters from Barbarie, France, Spain, Portugal*. En una de ellas refiere que en la península “*podemos estudiar el mal gobierno y seguir toda la cadena de sus perniciosos efectos...*”¹³. Está claro que el viajero ilustrado del siglo XVIII intentaba buscar la explicación y las causas de la situación española y, por lo general, la historia pasada, la dinastía de los Habsburgo, con Felipe II a la cabeza, era los responsables de todo lo malo que tenía el país. No obstante, ante los Borbones, y las reformas de la monarquía ilustrada de Carlos III, los viajeros cambian de actitud. Muchos defienden a la nueva dinastía, destacan la labor emprendida por Carlos III y sus ministros, alabando especialmente a Campomanes, aunque consideran que los cambios producidos todavía no eran suficientes.

Si hay un punto de acuerdo en los viajeros británicos de esta época fue en valorar la riqueza cultural de la península. Uno de los primeros viajeros en llegar, John Durant Breval dejó constatado su interés por las antigüedades en su libro *Remarks of several parts of*

¹³ Citado por Ibidem, p. 108

Europe (Londres, 1726). En la década de los años 60 llega Edgard Clarke y al regreso a su país publica *Letters concerning the Spanish nation*, donde incluye un catálogo de manuscritos de la Biblioteca de El Escorial. La riqueza del clero y la Iglesia no pasa desapercibido ante los curiosos británicos. Joseph Townsend, uno de los pocos científicos que viajaron por la península, se asombró ante la fortuna de algunos de los miembros del clero. En su relato del viaje, publicado en 1791, *Journey through Spain in the years 1786 and 1787*, comenta lo siguiente el tesoro de la catedral de Toledo: “*Si toda esta riqueza se hubiese canalizado hacia un fin útil, ¡que distinta sería España!*”¹⁴.

La riqueza artística del país va convirtiéndose progresivamente en uno de los objetivos fundamentales del viaje. El capítulo artístico que más valoraron los viajeros ingleses fue el de la pintura española, especialmente en aquellos que tuvieron la oportunidad de contemplar las principales colecciones reales. En cuanto a las ciudades la mayoría rechaza el urbanismo tradicional de trazado medieval o árabe, por las calles estrechas y mal pavimentadas, por la irregularidad de las plazas y, sobre todo, por su suciedad. La ciudad de Granada no agradaba al viajero por ese motivo: “*la mayoría de las calles son estrechas y sucias*” escribió Henry Swinburne en *Travels through Spain in the years 1775 and 1776 in Vich several monuments of roman and morís architecture*. Se trata de uno de los recorridos más completos realizados por España en el siglo XVIII y el relato del viaje es uno de los primeros que dio a conocer el arte y los monumentos de España. Mientras que Townsend admiró Toledo, otro británico como Baretti comentaba que valía la pena darle un rodeo. Sobre la arquitectura las opiniones resultan diversas y en función del contexto ilustrado. Mientras que las iglesias románicas pasan prácticamente inadvertidas al viajero, ya que todavía no hay el más mínimo interés por la temprana edad media, las catedrales góticas producen comentarios muy dispares. Un interesado por las antigüedades, los libros y monedas españoles, como Francis Carter, autor de *A journey from Gibraltar to Malaga* (Londres, 1777), se mostraba en desacuerdo con la costumbre hispana de construir los coros en el centro de la nave principal de la catedrales por interrumpir la perspectiva.

Buena impresión causaron las nuevas corrientes artísticas promovidas por los Borbones, especialmente en Madrid. La creación del Paseo del Prado y los edificios proyectados fueron alabados por la

¹⁴ En *Ibidem*, p. 373.

mayoría. El Palacio Real de Madrid era para Baretti, autor del relato *A Journey from London to Genova through England, Portugal, Spain and France* (Londres, 1777), un edificio “*más elegante que magnífico*”, mientras que el de Aranjuez era simplemente *tolerable*.

Entre los que viajeros franceses que visitaron España a lo largo de este siglo mencionemos a dos autores que realizan el análisis de las obras de arte de muy diferente manera revelando el desarrollo del estudio de la historia del arte.

Uno es Esteban de Silhouette, personaje destacado de la administración francesa. Interesado por nuestra historia viene a España en 1729 aunque la publicación de *Viaje de Francia, de España, de Portugal y de Italia* data de 1770, ya fallecido el autor. Sus observaciones sobre las ciudades o los monumentos están realizadas en relación al estilo imperante en los principios de siglo, el barroco. Así cuando habla del palacio de Carlos V en Granada dice que tiene que ser obra de arquitectos italianos porque su arquitectura es demasiado sencilla para ser de un español, esta apreciación, en cierto modo acertada, es fruto de su preparación; mas en la explicación del conjunto de la Alhambra muestra el confusionismo previo a establecerse la historia del arte como disciplina pues confunde estilos como el gótico, el musulmán o el renacentista.

Sin embargo, los comentarios del barón de Bourgoing en su libro *Un paseo por España durante la Revolución Francesa* reflejan ya la idea de progreso propia de un ilustrado y del espíritu científico que Winckelman reclama a los estudiosos del arte. Bourgoing viene a España repetidas veces en calidad de secretario de embajada, esta circunstancia le permite conocer a fondo los hábitos sociales de la época por lo que sus opiniones generales sobre los españoles son muy válidas. En sus viajes le llaman la atención obras como el palacio Real de Madrid construido, tras el incendio del alcázar de los Austria, según el nuevo gusto artístico, el neoclásico; ensalza las colecciones de pintura que decoran su interior porque muestran obras de grandes maestros como Tiziano y Velázquez, junto a la de otros de excelente calidad aunque apenas conocidos, se refiere a Juan de Juanes, Alonso Cano, Zurbarán; le gusta la reforma realizada por Carlos III en el paseo del Prado (alumbrado, vegetación, fuentes y esculturas) ya que lo convierten en una gran avenida que nada tiene que envidiar a las de otras ciudades europeas. Este autor se refiere a otras muchas ciudades y obras de distintos estilos perfectamente analizados.

Es interesante resaltar nuevamente la dureza de sus críticas a las carreteras y a los mesones y posadas, “*mantienen aún todas las privaciones y las incomodidades*” porque le llevan a plantear la dinámica de la futura empresa turística “*sin buenos caminos no puede haber buenas posadas y donde se carece de lo uno y de lo otro ¿cómo confiar en la llegada de viajeros cuya presencia lo estimule?*”.

Los viajeros que visitan España en la segunda mitad del siglo XVIII describieron la geografía española y su naturaleza desde el punto de vista del utilitarismo ilustrado, para un mejor aprovechamiento económico. Pero en las últimas décadas del siglo se presentan nuevas actitudes descriptivas y valorativas ante la naturaleza y el paisaje, y en concreto una de ellas fue la categoría estética de lo pintoresco¹⁵. El primero de ellos fue Jean-François Peyron en su *Nouveau voyage en Espagne, fait en 1777-1778*, publicado en 1782. Otro fue el citado barón de Bourgoing, quien igualmente se sirvió de esta poética en otros de sus relatos de viaje por España (*Tableau de l'Espagne moderne...* y *Nouveau voyage en Espagne*, publicado en 1797 y 1788, respectivamente). Entre los ingleses William Beckford es el prototipo de viajero prerromántico. En su libro de viaje *Italy with sketches of Spain and Portugal* contempla comentarios más personales e íntimos que revelan una sensibilidad diferente e intenta suscitar una emoción al lector. Este mismo espíritu se da en otro viajero británico, William Beckford, a la hora de describir los paisajes, las catedrales e iglesias en *Italy with sketches of Spain and Portugal*.

En las últimas décadas del siglo XVIII los relatos adquieren un nuevo carácter al ser ilustrados con estampas, y el grabado se convierte en un rasgo esencial cuyo objetivo es llegar mejor al lector. Los viajeros solían viajar con sus cuadernos de dibujo. El citado Swinburne, uno de los primeros que se preocupa en acompañar sus descripciones con grabados inspirados en los dibujos que toma sobre la marcha, explica en su libro que “*con la ayuda de los grabados espero dar al curioso una idea satisfactoria de la forma de construir y adornar los edificios públicos. La Alhambra de Granada es un edificio único, y su excelente conservación nos permite estudiar todos los detalles de sus estilos y ornamentos*”¹⁶.

Por último, debe referirse a los viajeros españoles de este periodo que recorrieron la península anotando todo lo que veían y

¹⁵ Ver Esther ORTAS DURANO en GARCÍA CASTAÑEDA, 1999, pp. 143 y ss.

¹⁶ Blanca KRAUEL, ob. cit., p. 135.

contemplaban. El más destacado fue Antonio Ponz, considerado como la figura esencial de la política cultural borbónica de la segunda mitad del siglo y un claro representante del reformismo ilustrado. Emprende un largo y famoso viaje tras un hecho trascendental, la expulsión de los jesuitas por Carlos III. Por encargo del ministro Campomanes su viaje tiene, en principio, una clara misión: inspeccionar y descubrir los bienes artísticos de Andalucía, muchos de los cuales habían estado en manos de la orden. A su vuelta publica en 17 tomos el *Viaje a España* (Madrid, imprenta de Joaquín Ibarra, 1772-1774). El interés de la obra es inmenso por abarcar múltiples aspectos artísticos y es una fuente fundamental para cualquier estudioso de la Historia del Arte y de la Historia del Patrimonio. Se trata sin duda de una clara estimación por el pasado artístico, auspiciada por una acción estatal que, como en el resto de Europa, supuso el inicio punto de partida para la futura protección del patrimonio histórico. Por otro lado, en este *Viaje a España* encontramos muchos más temas propios de la realidad social del momento, al igual que ocurre con su *Viaje fuera de España* (Madrid, imprenta de Joaquín Ibarra, 1785), escrito tras un periplo por Europa con la idea de ver, comparar y contribuir a la reformas social que tanto necesitaba España. Es decir, su propósito no era otro que ir seleccionando ejemplos dignos de imitación –alaba especialmente las posadas inglesas-- así como ejemplos que debían obviarse.

II.3.- LA INTERPRETACIÓN DE LOS VIAJEROS ROMÁNTICOS:

A principios de este siglo distintos hechos entre los que cabe citar la guerra de la Independencia, la posterior inestabilidad política y las sucesivas guerras carlistas cambiaron el interés del viaje por España. El número de viajeros desciende, pero todavía quedaron personajes dispuestos a explorar la península. En los primeros años llega Alexandre de Laborde; resultado de su visita son dos libros (*Itinéraire descriptif de l'Espagne*, 1809 y *Voyage pittoresque et historique en Espagne*, 1807-1818) de gran interés por traspasar a España el modelo de los “viajes pintorescos” que Benjamín La Borde había aplicado a Francia y sus monumentos en la década de los años ochenta (*Voyage pittoresque de la France*, 1784), un concepto que como vimos ya habían anunciado otros viajeros de finales de la centuria. Los volúmenes del *Voyage pittoresque* de Laborde tuvieron una influencia decisiva en los posteriores libros de viajes e incluía más de trescientas láminas que “inventariaban” de alguna forma la

riqueza monumental de la península. Sirvió de pauta para muchas de las publicaciones periódicas que aparecieron en la península a partir del Romanticismo, es decir, a partir de los años treinta.

En plena guerra de la Independencia visitó España Lord Byron de camino a Oriente. Su estancia en Sevilla y Cádiz marcaron la inspiración de algunos de sus poemas. Otros ingleses llegaron a la península a través de la intervención militar británica para luchar contra las tropas napoleónicas, como Robert Semple, Sir John Carr y otras figuras que darán lugar durante la década de los años veinte a una serie de relatos sobre las experiencias bélicas en España. Algunos de estos viajeros visitarán la península con nuevos propósitos, como “*ver el escenario de tantas victorias británicas*”, motivo que empujó a Michel Joseph Quinn; o bien por analizar el régimen agónico de Fernando VII tras el fracaso de la “*revolution spanish*” y la Constitución de Cádiz. La descripción del país bajo el absolutismo correspondió a José María Blanco White, un exiliado sevillano, cuyas *Letters from Spain* aparecieron en 1822.

Si durante el siglo XVIII el atractivo de viajar a nuestro país había sido informarse acerca de las empresas de la nueva dinastía Borbón, observar el desarrollo de su industria, del comercio, de las ciudades y contemplar algunos de los monumentos antiguos, a partir de ahora lo constituirá el narrar la idiosincrasia de un pueblo del que fascinan su geografía, el clima, las tradiciones y costumbres, llenas de exotismo que colman la nostalgia de quien busca la evasión de un mundo en decadencia. Un exotismo y una nostalgia del pasado que, como indica una de las autoras citadas en la bibliografía, Blanca Kravel, “*se funden con la búsqueda de tipos y costumbres propios de la época pre-industrial para convertir a España en un país romántico; romántico simplemente porque es diferente*”¹⁷. Siguiendo con este estudio, hay que tener en cuenta una serie de hechos para entender este nuevo carácter que asume el viaje a la península. En primer lugar, el viaje a Oriente o la popularización de los tours por el Mediterráneo hacia Oriente con la puesta en marcha de una compañía marítima en los años treinta, la *Peninsular and Oriental Steam Company*. A través de ella, muchos viajeros llegarán a España a través de los puertos andaluces de Cádiz y Málaga, punto de partida para excursiones a Sevilla y Granada. Con estas visitas surge una de las figuras características de la cultura británica del periodo, los

¹⁷ Blanca KRAVEL HEREDIA, ob. cit., pág. 79.

travellers book-makers, cuyas guías estarán encaminadas particularmente explicar enclaves y rutas por Andalucía.

En este sentido es importante señalar la publicación desde 1829 de una serie de Guías para visitar las ciudades porque cuentan con numerosas imágenes de monumentos. La mayoría se deben a la editora Robert Jenning de Londres y para todas se utiliza el título *The Tourist in ...*; en 1836-38 aparece la dedicada a España, aunque la información que proporciona sobre el país no ofrece mayor interés, pero sí lo tiene el material gráfico de que se acompaña, principalmente el referido a Vizcaya, Andalucía y las dos Castillas

Pero insistiendo en la ruta comentada hacia Oriente y la facilidad de visitar las ciudades andaluzas desde los puertos del sur peninsular, no es extraño, como comenta la autora citada, que los viajeros identifiquen la totalidad del país con Andalucía y, al mismo tiempo con el Oriente musulmán, destino final de muchos viajes¹⁸. Un ejemplo claro fue *Sketches in Spain and Marocco* (Londres, 1831) de Sir Arthur de Capell Brooke, mientras que la explicación más contundente la resume en 1843 el libro titulado *Spain and the spaniards in 1843*: “Desde que las facilidades de viajar se han incrementado, esta parte de España, que es la de más fácil acceso, ha sido el enclave favorito de los fabricantes de libros de viajes...”¹⁹.

La idea de un país diferente –proclama publicitaria del turismo español de la década de sesenta—tiene su primitivo germen en la conversión romántica de España por parte de los autores de los libros de viajes. Entre los primeros argumentos destaca el ofrecido por el viajero Rochfort Scott, en cuyo relato *Excursions in the mountains of Ronda and Granada...*, publicado en Londres en 1838, asegura que “Todo en este país es distinto de lo que podemos encontrar en los demás países, cada cosa es rigurosamente dudosa, y de este modo el viajero se mantiene en un estado de constante emoción, ya que su imaginación está siempre ocupada tratando de adivinar que va a ocurrir a continuación”²⁰. Si en el siglo anterior un filósofo como Voltaire comparaba España con un territorio salvaje y aseguraba que no valía la pena conocerlo, poco más de medio siglo después un visitante británico en 1836 opinaba lo contrario: “España, el país más interesante de Europa por acuerdo general, es uno de los menos

¹⁸ Ibidem, pág. 79

¹⁹ Idem, pág. 87

²⁰ Idem, p. 80

conocidos”, por lo que era interesante descubrir sus paisajes y sus gentes.

Con esta perspectiva los viajeros románticos recorren la península recogiendo en fantásticas narraciones sus impresiones. Sus escritos serán la mejor promoción de nuestro país en el extranjero al despertar la curiosidad por conocer España, destino que se incluirá en la programación de los próximos viajes. La imagen que proporcionan se detiene justamente en los aspectos pintorescos, ya comentados a finales de la centuria anterior, y folklóricos que les animaron a venir, describen un pueblo en el que pasean bandoleros y gitanos, que se divierte con el baile y los toros, donde conviven lo oriental y lo cristiano.

Otro hecho fundamental que incrementa el interés por España fue la desamortización. Desde la época de Godoy se produjeron varios intentos desamortizadores, pero fue durante el reinado de Isabel II cuando se produjo la conocida desamortización de Mendizábal. Las consecuencias culturales se han calificado de desastrosas y se sumaron a los daños producidos por los conflictos bélicos peninsulares del primer cuarto de la centuria. En primer lugar, por dejar en el abandono numerosos edificios pertenecientes al clero y la iglesia que acabaron en estado ruinoso, amén de la destrucción de muchos de ellos. En segundo lugar por originar la pérdida de numerosas y valiosas obras de arte, desde pinturas hasta libros y manuscritos, pasando a manos de una institución con mala custodia, como las “Oficinas de Bienes Nacionales”, para terminar siendo negocio del comercio más mercenario. Los precios bajos con que fueron vendidos la mayor parte de los bienes eclesiásticos atrajeron a muchos viajeros. No sin otro motivo visitó el Barón Taylor en los años de 1835 y 1836 España. Venía con un encargo del rey Luís Felipe de Francia que cumpliría con decisión: conseguir todo tipo de obras históricas, libros y manuscritos para el palacio del Louvre. En esta compra destacan los cientos de lienzos que adquirió en Madrid y en Andalucía, una región esta última que se había convertido en el lugar ideal para adquirir antigüedades a buen precio por parte de algunos viajeros²¹.

El Patrimonio que sufría, por tanto, las consecuencias destructivas de todo conflicto bélico, dejado al abandono, sin dedicarle medios ante las necesidades de gobierno más acuciantes,

²¹ Idem, p. 87

contará sin embargo con publicaciones que ensalzan y recuerdan su valor histórico asumiendo su defensa literaria e iconográfica. Otros viajeros franceses por la península fueron Merimée en 1830, Stendhal en 1837, Gautier en 1840, Victor Hugo en 1843, Dumas en 1846, George Sand, que publica *Viaje a Mallorca* en 1855, Gustavo Doré en 1862. Sus escritos contribuirán a promocionar el atractivo de España, no sólo por la particularidad de sus costumbres sino por la narración de sus bellezas artísticas.

Como en siglos anteriores es recurrente el estado de las carreteras, las pésimas posadas, las aduanas y otros peligros, como el bandolerismo, uno de los aspectos más románticos del viaje y que lo convertían en una aventura azarosa. No obstante, poco a poco la península se libera de esta leyenda atávica y en 1845, el *Manual para viajeros y lectores en casa* de Richard Ford, un libro de referencia indispensable para los futuros relatos de viaje británicos, se asegura por primera vez que el país puede perfectamente visitarse sin temor alguno.

A los viajeros les atrae principalmente Andalucía y entre sus ciudades Sevilla y Granada. Cambian ahora los pareceres y así el urbanismo tradicional adquiere una atracción sugestiva que no tuvieron los ilustrados. Georges Borrow, asiduo viajero por España y famoso por escribir sobre la vida y costumbres de los gitanos, escribe que “*nada resulta más llamativo para el extranjero al vagabundear por las calles de Sevilla, que a la vista de los patios desde la calle, a través de las verjas de hierro*”. Muchos descubren Córdoba y comparan el interior de la mezquita con un “*bosque de columnas*”, símil que se convierte en un tópico. El conocimiento de la pintura española se amplía y Murillo se contempla a través de los conventos sevillanos y de la catedral, incluso algunos pueden admirarlo en el museo creado en el antiguo convento de la Merced, donde había una galería consagrada exclusivamente al pintor sevillano²².

Sin duda, la ciudad y el edificio emblemático de todo viajero extranjero fueron durante el siglo XIX Granada y la Alhambra. Pese a su estado de abandono las alabanzas al palacio nazarí se sucedieron en los libros de viajes. Varios textos contribuyeron a su vertiginosa fama, entre ellos la obra póstuma de James Cabaña Murphy, *The Arabian Antiquities of Spain* (1915) con 96 láminas de las que 87 corresponden a Granada, así como el trabajo posterior de Owen

²² Idem, p. 278.

Jones, de 1842, auténticas referencias para posteriores viajeros. Los cuentos de otro visitante, el americano Washington Irving, popularizaron igualmente la imagen de la ciudad y su palacio.

Pero también los viajeros visitan los lugares en torno a la Corte como Aranjuez, Toledo o El Escorial de los que comentan según su manera de sentir. Hay que insistir en este aspecto porque explica la dificultad de objetivar los bienes que se consideran Patrimonio pues estos Bienes, evidentemente, poseen una serie de valores o cualidades intrínsecas, pero se reconocerán unas u otras en función del pensamiento propio a cada época histórica, por ello los criterios proteccionistas han variado en el transcurrir del tiempo; hasta el siglo XVIII sólo interesó la antigüedad clásica, pero los descubrimientos geográficos de los grandes exploradores del siglo dan a conocer una riqueza artística nueva, de otras civilizaciones, por lo que se empieza a valorar las antigüedades de cualquier ámbito geográfico y temporal; en el siglo XIX los románticos descubren la edad media y el mundo oriental y, finalmente, en el siglo XX la ciudad tradicional frente a la metrópoli.

Como consecuencia del interés suscitado por la riqueza histórico-artística se inicia, como ya se ha señalado, la publicación de revistas en las que las reproducciones de monumentos acompañan a los textos con el fin de darlos a conocer y procurar el acercamiento del visitante. Siguiendo el modelo de Laborde, aparece entre otros, el *Semanario Pintoresco Español*, en 1836, un año después el *Observatorio Pintoresco* y, en 1839, el más importante: *Recuerdos y Bellezas de España*, una colección de grabados en diez volúmenes, cuya autoría se debe a José M^a Parcerisa, que suponen el repertorio “pintoresco” más significativo de la riqueza monumental de España, consiguiendo una difusión muy amplia y que nuestros monumentos asumieran un valor histórico.

Aunque en un contexto diferente al de los viajeros extranjeros, los españoles también fueron atentos observadores en sus viajes fuera de la península. Desde la década de los años cuarenta figuras como Mesoneros Romanos o Modesto Lafuente publicaron sus impresiones a través de la prensa periódica. El viaje que el primero realizó, un relato con el título de *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841* se publicó primero en la prensa periódica del momento. Casi todos los periódicos de la época, como el *Semanario Pintoresco Español* el *Álbum pintoresco Universal*, *El Museo de las Familias* o *El Museo Universal* tenían una sección dedicada a los viajes. Al igual

que Mesoneros, la crónica de Modesto Lafuente (*Viajes de fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y ciudades del Rhin*, Madrid, 1842-1843), es un relato que nada tiene que ver con la labor exploradora e investigadora de siglos anteriores. Aunque informan de todo aquello que observan, su mirada está puesta más en las novedades, en las galerías de pintura, en los restaurantes y en la variedad de espectáculos. Consiguen un sinfín de estampas de las capitales europeas del momento, destacando en este sentido los textos de Antonio María de Segovia con el *Manual del viajero español de Madrid a París y Londres*, publicado en 1851 y el de Eugenio de Ochoa, *París, Londres y Madrid*, de 1861²³.

Pero el mayor interés de estas crónicas, especialmente el viaje de Mesoneros, se encuentran observaciones sobre París y otras capitales que para proponer reformas sociales y urbanas tan necesarias en España, en un intento de trasladar los adelantos de un lugar a otro, insistiendo en las nuevas redes ferroviarias que posibilitan el deseo de viajar.

Al igual que hizo Ponz un siglo antes, numerosos personajes del siglo XIX viajaron por la propia España, por sus ciudades y provincias. Son a veces viajes ocasionales, cortos y a diversos lugares cercanos que consiguen hacer olvidar, eludir las incomodidades o las asperezas de la vida urbana o de la capital. Gustavo Adolfo Bécquer relató algunos de sus viajes a Toledo y sus impresiones le convierten en el prototipo de viajero romántico, predispuesto a la contemplación soñadora, pero también en un nuevo tipo de viajero interesado en el turismo cuando refiere comentarios como el siguiente: “*Desde que el camino de hierro ha puesto la ciudad imperial casi a las puertas de Madrid, aumenta de año en año y de manera sensible el número de viajeros que acuden en este época a presenciar las ceremonias y cofradías que han hecho célebre su Semana Santa. No obstante, en otro país cualquiera sería este número mucho mayor, atendiendo que, al interés que la solemnidad religiosa ofrece, se une el de visitar una población tan llena de recuerdos históricos y monumentos de arte, que no sin razón se ha llamado la Roma española*”²⁴. Años después, puede encontrarse una opinión bien diferente, pues figuras como Galdós y Pereda, en un viaje que realizaron a Asturias y cuyo relato apareció en la prensa periódica, se lamentan ya de que el

²³ Ver Enrique RUBIO Y CREMADES en GARCÍA CASTAÑEDA, 1999, pp. 159 y ss.

²⁴ Ver Jesús RUBIO JIMÉNEZ, en GARCÍA CASTAÑEDA, 1999, pp. 189 y ss.

ferrocarril facilite los viajes para un turismo que acaba con la paz y el sosiego de aldeas y paisajes.

BIBLIOGRAFÍA de los tres primeros epígrafes:

.- D'AGOSTINI, M. Enrica [coord.], *La letteratura di viaggio. Storia e prospettive di un genere letterario*, Milán, ed. Angelo Guerini, 1987.

.- GARCIA CASTAÑEDA [coord.]: *Literatura de viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*. Madrid, Castalia, 1999.

.- GARCÍA MERCADAL, F.: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Ed. Aguilar, 1962 [...]

.- GUERRERA, Ana Clara: *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1990.

.- KRAVEL HEREDIA, Blanca: *Viajeros británicos en Andalucía, desde Christopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*, Málaga, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Málaga, 1986.

.- MACZAC, Antoni: *Viajes y viajeros en la Europa Moderna*, Barcelona, Ediciones Omega, 1996.

.- ROBERTSON, I.: *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España y Portugal, 1760-1855*, Madrid, 1976.

.- LOS VIAJES COMO ORIGEN DEL TURISMO

II.4.- UNA NUEVA CLASE DE VIAJERO Y LOS PRIMEROS DESTINOS TURÍSTICOS.

Antes de finalizar el siglo XIX es necesario hacer referencia a un nuevo tipo de viajero, el de la Belle Époque, que recorre Europa por prestigio y signo de diferenciación, que frecuenta los balnearios, los casinos o acude a la Exposición Internacional de París.

En esta línea deben incluirse, como precursora, los viajes a Europa de Emilia Pardo Bazán (*Apuntes de un viaje. De España a Ginebra*, 1873 o *Por Francia y por Alemania*, de 1889, entre otros), aunque sus comentarios ensalzan sobre todo el desarrollo cultural que alcanzaba entonces la capital francesa frente a la española, destacando el teatro, la ópera y los espectáculos musicales²⁵. Para la

²⁵ Ver J.M. GONZÁLEZ HERRÁN en GARCÍA CASTAÑEDA, 1999, pp. 177 y ss.

literatura de viajes la Pardo Bazán dio continuidad al género periodístico de la *crónica del viaje*. Numerosos artículos sobre sus viajes por España y el extranjero tuvieron un destinatario predilecto: el lector de periódicos²⁶.

Las guías adoptan un nuevo término para referirse al viaje: turismo, que se hará necesario porque conforme avanza el siglo, el viaje va a adquirir unas características que le separarán de los hasta ahora realizados. No obstante, la aceptación y uso de esta nueva palabra es lenta (en España se emplea en 1906 por la Sociedad de Fomento del Turismo de Baleares; sin embargo en 1911 la Sociedad de Atracción de Forasteros de Barcelona prefiere no utilizarlo, en 1926 Sánchez Cantón se resiste a él proponiendo el uso de “viajador”) porque el viaje en solitario, emprendido por una clase social alta, adinerada, cosmopolita, pervive mucho tiempo y permanecerá siempre como objetivo prioritario.

Sin embargo, los cambios sociales favorecerán en el siglo XX un nuevo modo de viajar más barato y cómodo al que podrán acceder muchas más personas, es el inicio de la nueva empresa del Turismo en la que obviamente se contempla el beneficio que reporta la afluencia de viajeros al lugar que visitan, se valora y da prioridad al destino. Podemos recordar el comentario de Bottineau cuando a propósito del Camino de Santiago señala que “fue el oleaje de peregrinos y la prosperidad que dejaban a su paso lo que explica, en parte, la abundancia y la belleza de las iglesias, puentes, hospitales que lo jalonan”.

Los destinos en un principio habían surgido naturalmente, pero según se advierte la capacidad de atracción de un determinado sitio se busca su promoción y adecuación para ser punto receptor, es entonces cuando se puede decir que el viaje pierde sus antiguas connotaciones y se puede hablar de una nueva actividad como es la de hacer turismo. La experiencia de los viajeros románticos inicia el camino y bien se puede decir que los Bienes histórico-artísticos, los monumentos, son el primer destino promocionado del Turismo.

Esta intención se muestra en las Guías de viaje ya comentadas como las Baedeker, nombre del impresor alemán a quien se debe su publicación, comenzada en 1839 y prolongada hasta la segunda Guerra Mundial. Son guías con buenos textos sobre las obras que se

²⁶ Ver Ana María FREIRE en GARCÍA CASTAÑEDA, 1999, pp. 203 y ss.

deben visitar acompañadas de cuanta información precisa el viajero o turista para conseguir el éxito en su desplazamiento. Apoyada en la Baedeker, la Agencia Cook llevaba por Suiza e Italia caravanas de viajeros o turistas con el propósito de conocer la riqueza natural y artística de estos países. Una de las últimas editadas en el siglo XIX es la referida a España y Portugal que lo hace en 1898; se realizarán distintas ediciones posteriores para corregir las imprecisiones de la primera pues ésta proporcionaba una información que no respondía a la realidad de nuestro país en el siglo XX pues resalta el mal estado de las comunicaciones, de los hospedajes o los aspectos más tópicos de las costumbres, cuando la estabilidad conseguida bajo el reinado de Alfonso XII había impulsado la renovación de las infraestructuras y el acercamiento a Europa. El mérito de estas Guías radica en los excelentes mapas de las ciudades o de los alzados y perspectivas de los principales monumentos que incorpora. Los comentarios artísticos de la dedica a España se deben al historiador Karl Justi cuyos estudios contribuyeron a dar a conocer en el exterior a Murillo y Velázquez.

Ahora bien, es cierto que la situación político-social de España al final del siglo XIX impide o hace que no sean adecuadas las infraestructuras para acoger a estos visitantes de elite (viajeros que no turistas) para los que sólo ofrece el casino de San Sebastián abierto en 1887. El objetivo se centra entonces en la organización de un nuevo servicio: el turístico, tanto por parte de las empresas privadas como por el Estado, este aspecto es el que a continuación se va a ver.

II.5.- EL SIGLO XX Y LA PRIMERA ESTRUCTURA ADMINISTRATIVA EN ESPAÑA: LA COMISIÓN NACIONAL DE TURISMO.

En este siglo se emprende desde el Estado, concedor de los beneficios que reporta a la economía de la Nación, la organización administrativa del turismo. En ella, los bienes artísticos son prioritarios al igual que la variada naturaleza pues el objetivo es fomentar unos destinos de calidad que atraigan al viajero extranjero. El despertar de esta nueva actividad será beneficioso para el Patrimonio Histórico ya que recibirá la atención siempre reclamada desde las instituciones culturales y dará ocasión a emprender su conservación eficaz y a poner en práctica las teorías restauradoras del momento, pero esta excelente relación tendrá en el futuro sus luces y sombras cuando sufra a causa de una excesiva explotación.

Se inicia el siglo XX con la reestructuración de la Administración del Estado. En 1900 se crea el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, cuyo titular es el Conde de Romanones, a este Ministerio se adscribe la Dirección General de Bellas Artes instituida para la vigilancia y gestión de los bienes artísticos y ofrecer agilidad en el cumplimiento de los objetivos, por lo tanto responde a la preocupación del Gobierno de la Nación por velar de esa riqueza "que tanto interesa al honor, la antigüedad y nombre de los pueblos" como se había recogido en la Novísima Recopilación.

El trabajo de la Dirección General de Bellas Artes en los primeros años de andadura discurre lentamente debido a que el "desvelo" por el Patrimonio no está acompañado de mayor dotación presupuestaria, sin embargo en su labor se debe mencionar el encargo del Catálogo Monumental de España (recuerde lo estudiado en la Lección I) o la continuación de la restauración de la catedral de León verdadero laboratorio de discusión de los diferentes métodos de intervención (recuerde lo estudiado en la Lección III)

Es importante señalar la visión de futuro del Conde de Romanones cuando en 1905 propone al Rey la creación de una Comisión Nacional de Turismo adscrita al Ministerio de Fomento del que entonces es titular porque en su pensamiento además de perseguir la participación del Estado en la empresa turística, son prioritarios los bienes artísticos y la naturaleza, el Patrimonio, para impulsar la nueva actividad.

El Decreto fundacional de esta Comisión es pionero respecto a otros países: Suiza establece su estructura administrativa en 1917, Francia y Austria en 1910, Italia en 1919. Por su interés conviene leerlo detenidamente

A propuesta del Ministro de Fomento, de acuerdo con mi Consejo de Ministros

Vengo a decretar lo siguiente:

Art. 1º.- Se crea una Comisión Nacional encargada de fomentar en España por cuantos medios estén a su alcance, las excursiones artísticas y de recreo del público extranjero.

Art. 2º.- Esta Comisión estará presidida por el Ministro de Fomento y se compondrá de los vocales que él mismo designe.

Art. 3º.- Entre los medios adecuados de fomentar la inmigración de excursionistas extranjeros, a cuyo estudio e instauración se consagrará desde el primer momento la Comisión Nacional que se nombra en el artículo anterior, estarán las siguientes:

a) formación y divulgación en el extranjero de itinerarios de viajes para visitar lo más fácil y provechosamente posible los principales monumentos nacionales, paisajes, etc.

b) estudio y gestiones con las Compañías de Ferrocarriles para organizar y establecer tarifas especiales y trenes rápidos y confortables que partiendo de las fronteras, y si fuere posible de los puertos, conduzcan a los viajeros en estas excursiones, haciendo el viaje atractivo y cómodo

c) concertar con Diputaciones, Ayuntamientos y otras entidades que fuese conveniente las mejoras de los alojamientos, de los servicios relacionados con los viajeros, y cuanto pueda ser motivo lícito de atraer y retener a los súbditos de otras naciones

d) publicar y difundir en el extranjero, en los idiomas convenientes, datos históricos, descripciones de nuestros monumentos y cuanto se considere útil para mejorar la apreciación de las bellezas artísticas y naturales, para el conocimiento de su historia y para despertar la curiosidad de los extranjeros

e) cualesquiera otros trabajos y gestiones que a juicio de la Comisión nombrada y con la aprobación del Gobierno si fuese preciso, se consideren conducentes al propósito de favorecer la excursión a España del público extranjero.

Art. 4º.- El Ministro de Fomento incluirá en el próximo Presupuesto del Estado cantidad que, a juicio de la Comisión nombrada, se considere necesaria a fin de atender a la impresión y propaganda de trabajos que se realicen en cumplimiento de los artículos anteriores.

Art. 5º.- El Ministro de Fomento queda autorizado para dictar las disposiciones que sean necesarias a los efectos del presente decreto.

Dado en palacio a seis de Octubre de 1905.

El Ministro de Fomento Conde de Romanones. (Gaceta de Madrid n° 280 de 7-X-1905).

El Conde de Romanones conoce el desarrollo adquirido por las ciudades europeas receptoras de los viajeros de la Belle Époque: Biarritz, Costa Azul, Baden Baden o la misma San Sebastián y orienta las funciones de esta Comisión a captar al viajero extranjero como fuente de divisas que acelera la economía. Señala los destinos (art. 3° apartado a), enumera los campos en que se ha de actuar (art. 3° apartados b y c), subraya la importancia de proporcionar una información seria (art.3° apartado d) para lo cual asigna los medios necesarios (art. 4°).

El Decreto ofrece amplias expectativas no sólo para la nueva empresa sino también para el progreso general del país pues se promociona la imagen de España en el exterior. Se celebran distintos Congresos Internacionales de Turismo en ciudades españolas como los de Zaragoza (1908), San Sebastián (1909) o el Madrid en 1912 (la Comisión en esta fecha estaba disuelta, pero le corresponde la decisión). Se impulsa la mejora del servicio de ferrocarriles, de carreteras y los alojamientos -se construyen los hoteles Ritz de Madrid y Barcelona en 1908 acordes al gusto del nuevo viajero-. Respecto a las vías de comunicación y hospedajes ya ha visto cómo la literatura viajera (recuerde lo estudiado en la Lección II) abunda en referencias negativas, se pueden añadir las de Jovellanos, en el siglo XVIII, cuando escribe "estamos en una pésima posada, digna de Galicia" o el parecer de Richard Ford quien en su Manual para los viajeros en España de 1845 divide las posadas en tres clases: malas, muy malas y peores.

En este comienzo organizativo prevalece la perspectiva del Ministerio patrocinador, el de Fomento, es decir, atender a las obras de infraestructuras que lleven cómodamente a los destinos, por ello los Monumentos Nacionales permanecen en una lánguida dinámica gestionados por la Dirección General de Bellas Artes, no obstante además de lo nombrado más arriba, se debe apuntar la redacción de la ley sobre excavaciones arqueológicas de 1911 (recuerde lo estudiado en la Lección I) con la cual se quiere aunar las distintas normativas del siglo XIX.

A MODO DE RESUMEN: el Turismo es una actividad económica, esto hace que los destinos se contemplen como cualquier otro

producto, es decir, en función de alcanzar un buen rendimiento. Pero teniendo en cuenta esta realidad no hay que olvidar que nace apoyado en el reconocimiento de que gozan los bienes artísticos, por ello se eligen como destino que proporciona el éxito de la empresa.

De igual modo hay que tener presente que estos Bienes por convertirse en destino van a recibir un cuidado hasta el momento escasamente dispensado por la falta de medios económicos ya comentada. En este sentido conviene resaltar la armonía buscada desde la Comisión y los organismos que la suceden, en las que siempre participarán miembros competentes en Bellas Artes que dictaminan las medidas adecuadas a su conservación.

Este principio de mutuo entendimiento se olvidó cuando sólo se pensó en el desarrollo económico y se debe tener presente en la actualidad al existir destinos culturales que pueden arrinconar al Patrimonio histórico-artístico.

II.6.- DE LA COMISARÍA REGIA AL PATRONATO NACIONAL DE TURISMO (1911-1931)

La Comisaría Regia del Turismo sustituye por Real Decreto de 19 de junio de 1911 a la Comisión Nacional de Turismo, nace con mayor poder ejecutivo para abordar diligentemente el auge del proyecto emprendido dependiendo directamente de Presidencia de Gobierno. A su frente está el Comisario Regio y ocho funcionarios ministeriales. Asimismo se establece una Junta Superior de Turismo formada por personalidades cuyas atribuciones se determinan por el Comisario Regio.

Esta nueva organización administrativa no gustó al sector empresarial implicado en la promoción del turismo pues vio en ella el fortalecimiento de la autoridad del Estado y la consideró una intromisión en su quehacer al pensar que favorecería el turismo oficial, pero el nombramiento como Comisario Regio de Benigno de la Vega-Inclán y Flaquer, Marqués de la Vega-Inclán hizo desaparecer este temor.

La Comisaría tuvo una larga vida, 17 años, hasta abril de 1928 en que fue sustituida por el Patronato Nacional de Turismo.

Interesa resaltar que en la Exposición de Motivos y en el articulado del Real Decreto, permanecen los Bienes Artísticos como principal destino del Turismo, que se insiste en la conservación de la riqueza artística, que se piensa en el viajero extranjero, pero también se abren las puertas al turismo interior. Así dicen los artículos:

1º Proponer las medidas conducentes a la vulgarización de los conocimientos elementales del arte y al aumento de la cultura artística colectiva.

2º Vigilar la conservación eficaz y procurar la exhibición adecuada de la España artística, monumental y pintoresca.

3º Promover y sostener las relaciones internacionales que las necesidades de la época actual exigen en materias artísticas.

4º Facilitar el conocimiento y el estudio de España, procurando la comodidad de los alojamientos, la seguridad y rapidez de las comunicaciones y el acceso a las bellezas naturales y artísticas de nuestra Patria.

5º Desarrollar, por los métodos más eficaces, las relaciones espirituales, sociales y económicas que enlazan América con España.

Se deduce claramente que el destino histórico-artístico es el motor de la actividad turística y así es hasta su masificación en los años 60.

El Marqués de la Vega-Inclán, es el verdadero artífice de los éxitos de esta Comisaría al promocionar un turismo de alto nivel que introdujo a España en los circuitos del turismo europeo, pero sus objetivos se vieron reducidos al desencadenarse la Primera Guerra Mundial pues no se recibió la afluencia de viajeros esperada. Sin embargo, este tiempo se aprovechó para divulgar la imagen de España y acometer la puesta a punto de los lugares receptores emprendiéndose distintos proyectos culturales.

La actuación de la Comisaría se puede resumir en cuatro puntos :

- * Exposiciones y oficinas en el extranjero para difundir la riqueza artística de España.
- * publicaciones que los dieran a conocer entre el público español.
- * rehabilitaciones de monumentos.
- * leyes de protección de la Naturaleza, como la Ley de creación de Parques Naturales de 1916 que condujo a la declaración como tales de los de Covadonga y Ordesa.

Respecto a las Exposiciones: consciente de la importancia de dar a conocer lo que se quiere impulsar, la Comisaría centró la atención desde el primer momento en preparar su participación en la programada en Londres el año de 1914 que, tristemente, tuvo que ser cerrada al estallar la guerra, no obstante la experiencia sirvió para dar a conocer España en un mercado emergente como el de Estados Unidos donde se apoyó la reapertura de las misiones españolas de California y se participó en las exposiciones celebradas en Nueva York y Filadelfia con el título "Obras de Turismo en España".

Con la intención de difundir, pero también de fomentar el conocimiento de la historia y del arte entre el público, se editan en este tiempo cerca de doscientos títulos entre los que cabe destacar: las Guías de distintas ciudades en las que se proponen itinerarios y excursiones; hay varias dedicadas a parajes naturales como las de Gredos, La Pedriza o Sierra Nevada. Los 21 volúmenes que componen la serie El arte en España. Los catálogos de Museos entre los que figura el del Museo Romántico fundado por el Marqués de la Vega-Inclán. También es importante resaltar la publicación del primer Cartel Turístico realizado con motivo del V Congreso Internacional de Turismo que se celebró en Madrid en octubre de 1912 porque inicia la utilización de un medio de gran efectividad propagandista.

En cuanto a la conservación de la riqueza monumental se patrocinan distintos proyectos para subsanar el abandono en que se encontraba y poder mostrar toda la belleza del Patrimonio de la Nación. El más importante se realiza en Sevilla donde se interviene en los jardines del Alcázar y se restaura el recién descubierto Patio del Yeso, ejemplo modélico en el que prevalece el respeto a las formas artísticas; esta opción se debe a la modernidad de ideas del Marqués y a su gran conocimiento artístico. (recuerde lo estudiado en la Lección III). Otras actuaciones se centran en Valladolid donde se establece la Institución Cervantina que comprende museo, biblioteca y jardines. En Toledo se interviene en la Sinagoga del Tránsito, pero quizá lo más relevante porque hoy día sigue atrayendo la visita del turismo es la adaptación de la casa y museo del Greco encargada al arquitecto Laredo.

El marqués de la Vega-Inclán conoce a Bartolomé Cossio cuando el historiador está preparando un libro sobre el pintor cretense. Fruto de la investigación llevada a cabo es la localización de

la casa donde vivió el Greco, con este motivo el Comisario Regio le escribe una carta en la que comenta la situación de los Bienes histórico-artísticos y apuesta por una relación armónica y fructífera con el turismo:

" es hoy una realidad la Casa del Greco. Quien sabe si esta modesta obra precursora será punto de partida ejemplar para sacudir la indiferencia y miseria espiritual por lo que hoy se desmorona y yace una gran parte de nuestra riqueza monumental. Ojalá también atraiga muchedumbre que acuda a rendir homenaje al Greco y a la cultura patria, favoreciendo los intereses de la sin par Toledo."

Otro punto que considero digno de atención, entre lo realizado por la Comisaría Regia, es la puesta en marcha de un nuevo tipo de hospedaje porque en él confluyen toda una serie de ideas pioneras que benefician y ponen en relación el Turismo, la conservación del Patrimonio artístico y la problemática restauradora.

En respuesta a la demanda del viajero del principio del siglo se habían construido grandes hoteles como el Ritz o el Palace en Madrid, el Ritz de Barcelona, el Real de Santander, el Carlton en Bilbao, el Miramar de Málaga, el Alhambra Palace de Granada, el Felipe II de El Escorial, el gran Hotel de la Toja, etc., pero faltaban los hoteles medios que satisficieran a un público más amplio, de menor poder adquisitivo como era el que en ese momento se esperaba atraer. De nuevo hay que acudir a la clarividencia del Marqués de la Vega-Inclán cuando, ante la Federación Hotelera Española, dijo:

"El pequeño hotel rural de ciudades de no excesivo vecindario, pero sí de algún interés artístico, es lo que nos debe preocupar a todos y en lo que en estos momentos se ocupa la Comisaría Regia de Turismo. El automovilismo, en evidente progresión, hará frecuente el tránsito por nuestras carreteras, y no bastará que los 7.000 kilómetros que construye el Circuito Nacional, a que pertenezco, estén más o menos terminados. El complemento es la construcción de pequeños hoteles o paradores de cierto confort, para satisfacer las modernas necesidades, y para todo esto confío en la asidua colaboración del Gobierno, que seguramente concederá elementos y facilidades para realizar esta empresa"

Comienza a implantarse este tipo de alojamiento con la Hospedería de Santa Cruz en el barrio del mismo nombre de Sevilla

como iniciativa privada del marqués. Se rehabilitaron tres pequeñas casas del barrio manteniendo las características populares de su arquitectura: encalados, azulejos, patios, surtidores y decoración típicamente andaluza. Esta obra no sólo evitó la degeneración de este antiguo barrio sevillano sino que también dinamizó la zona. El dar nuevo uso a edificios que han perdido su función para preservarlos es una práctica habitual en la historia de la conservación que ha salvado de la ruina a muchas obras del pasado. Modo de hacer adoptado por los teóricos de la restauración y codificado en los primeros documentos publicados. Recuerde el pensamiento restaurador de Giovannoni y Carta de Atenas de 1931 en el que se refleja. Es decir, se actuó con una perspectiva económica y cultural plenamente actual y es de sobra conocido que continúa manteniendo su atractivo en nuestros días.

A la Hospedería de Santa Cruz le siguieron el Parador Nacional de Gredos en 1928 y el de Mérida inaugurado en 1931 ya disuelta la Comisaría, que fueron el origen de la posterior Red de Paradores Nacionales y Albergues de Carretera.

En la organización administrativa del turismo el Patronato Nacional de Turismo sustituye a la Comisaría Regia en 1928 cuya vida se prolongará hasta 1936-39. Tan amplio período se ve afectado por graves situaciones políticas (caída del general Primo de Rivera, 2ª República, Guerra Civil) y crisis económicas (depresión de 1929) que inciden en las distintas reestructuraciones que sufre este Patronato. No voy a detenerme en ellas porque no haría más que cansarles citando nombres, creo que lo importante es conocer las funciones que se le asignan para distinguir el mayor o menor relieve del Patrimonio artístico conforme el Turismo alcanza el éxito.

En la exposición de motivos del Decreto de 25 de Abril de 1928 se justifica la creación de este Patronato aludiendo al progreso “muy estimable” realizado durante los tres últimos años con “mínimos” recursos, por lo que si se quiere lograr un desarrollo mayor es necesario dar un impulso a la organización turística, sobre todo teniendo en cuenta la próxima celebración de grandes Exposiciones Nacionales (Barcelona y Sevilla) y *las singulares atracciones que ofrece España al viajero por la magnificencia de su Arte, la belleza de su territorio y el interés vivísimo de su Historia.*

Interesa resaltar que los Bienes artísticos siguen siendo el principal objetivo o punto de destino de la actividad turística y que el

articulado del Decreto recoge el concepto de Bien Artístico que se ha plasmado en el Decreto-Ley de 1926 por el que se rige el Patrimonio de la Nación hasta la Ley de 1933 (cuyo Reglamento estará vigente hasta 1985).

La organización del Turismo y la política de Bienes artísticos aunque gestionados desde instituciones diferentes, comienzan juntos el camino. No obstante lo dicho, las funciones asignadas a este Patronato dejan ver el inicio del distanciamiento futuro pues al entenderse cada vez más exclusivamente desde una perspectiva económica, se va a dar prioridad a la gestión técnica: propaganda, agencias, guías, mejora hotelera y de restaurantes, favoreciendo destinos muy dispares, pero que pueden ser rentables. Para ello pide la colaboración de *todas las entidades culturales de hidrología médica, playas y balnearios, deportivas, alpinas, ferroviarias, clubes de automovilismo, aviación, etc...* De este modo el Bien artístico empieza a difuminarse en lo cultural, con lo cual, conforme evoluciona la sociedad del ocio, surgirán nuevos destinos, quizá más atractivos, que arrebatarán la primacía al Patrimonio Histórico-artístico.

Desaparece la ecuación turismo igual arte que había presidido la gestión de la anterior Comisaría Regia y se abre paso la concepción de una empresa compleja a la que se considera *f fuente de riqueza y prestigio nacionales*. Cuando a los Bienes Patrimoniales se les conceda igual valoración, volverán a coincidir los objetivos, pero habrá que esperar a la segunda mitad del siglo pasado para que se formule el concepto de Bien Cultural. Mientras tanto los Monumentos histórico-artísticos del siglo XIX y la ciudad tradicional serán objeto de atención, pero también de destrucción.

La estructura funcional del Patronato revela la evolución de la empresa turística, si en un primer momento existen tres delegados generales responsables de Arte, Propaganda y Viajes, advierta el orden. En la reorganización de 1930 se suprimen estas tres delegaciones especializadas y se establecen seis secciones: alojamientos, vías de comunicación, propaganda y publicidad, información-agencias en el extranjero, reclamaciones-asesoría jurídica, contabilidad, además de una Secretaría General (a la que compete: correspondencia, personal, estadística, archivo y bibliotecas). Es evidente la fuerte intención por conseguir una

organización administrativa sólida que permita cumplir objetivos empresariales en los que la relevancia del destino es secundaria.

El Patronato durante los primeros meses de la República (Abril-Diciembre 1931) pasa a denominarse Dirección General de Turismo, nombre que se olvida en la reorganización de Diciembre de 1931. De esta remodelación del Patronato me interesa destacar que la vicepresidencia recae en el Director General de Bellas Artes y que de los seis vocales designados dos pertenecen al ámbito histórico-artístico, uno figura por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, otro por el Centro de Estudios Históricos (recuerde lo estudiado en p.81 respecto a los catálogos encargados a esta institución), los cuatro restantes corresponden a los Ministerios de Marina, Hacienda, Fomento y Economía. Como vemos, el Patronato con estas presencias no sólo recupera el interés del destino artístico sino que lo potenciará como medio que cumpla las expectativas culturales formuladas en la recién proclamada Constitución de 1931.

De esta Constitución emana la ley de Protección del Tesoro Artístico Nacional de 13 de Mayo de 1933 que permanecerá vigente hasta la promulgación de la Ley del Patrimonio Histórico Español en 1985, (recuerde lo estudiado en la Lección I). En esta ley se contempla el valor cultural de los Bienes, concepto ya enunciado en la de 1926 en el que ahora se insiste amparando su nombre muchos de los nuevos destinos turísticos que ahora se promocionan y que en un futuro configurarán el Turismo Cultural.

Respecto a la labor realizada por este Patronato en relación a la conservación para la promoción de los monumentos como destino, se puede señalar: la restauración del Patio Trilingüe y el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares que responden a criterios restauradores historicistas, la de la Casa de los Tiros en Granada, gracias a la labor de Antonio Gallego Burín o la creación de nuevos Museos como el de Covarrubias. Estas actuaciones se completan con las llevadas a cabo por la Dirección General de Bellas Artes en las que, poco a poco, se va superando el planteamiento historicista de Lámpez convirtiéndose en referente de los nuevos métodos restauradores la figura del arquitecto Leopoldo Torres Balbas a quien se deben los trabajos en la Alhambra desde 1923 hasta la guerra civil. (recuerde lo estudiado en la Lección III)

Como aportación de este Patronato que redundaba en la conservación del Patrimonio Histórico, también se debe resaltar la ya mencionada Red de Paradores Nacionales y Albergues de Carretera, cuya idea fue promocionar una serie de alojamientos, de propiedad Estatal, con calidad y precio moderado. Este tipo de hospedaje, como ya conoce, favorecerá el desarrollo de un turismo pensado para un público de menor poder adquisitivo, pero numeroso y romperá el círculo vicioso tan comentado por los antiguos viajeros acerca de la mala calidad de nuestros alojamientos que frenaban su venida.

Algunos de estos Paradores se levantaron de nueva planta, pero para la mayoría se aprovecharon monumentos antiguos: conventos, monasterios, palacios señoriales e incluso castillos que se rehabilitaron con el fin de salvar la riqueza del pasado. A este respecto se pueden señalar los que lo consiguen y los que, por el contrario, suponen una mayor destrucción de ese recuerdo por intervenir en ellos sin respeto. Ahora bien, al juzgar se debe tener en cuenta que tanto la práctica restauradora como su propia teoría están en permanente debate porque cada momento histórico tiene su modo de entender la arquitectura histórica o las obras de arte.

De esta época es la adaptación de dos edificios para Paradores. Uno en el Palacio anexo al castillo de los Duques de Frías en Oropesa (inaugurado en 1930), otro en el Palacio que perteneció al Deán Ortega en Úbeda, junto a las iglesias de Santa María y el Salvador, también se puede mencionar el de Ciudad Rodrigo, adaptado al castillo de Enrique II entre la barbacana y la Torre del Homenaje.

Un último apunte acerca de la tarea de este Patronato es el referido a la publicación de carteles, emprendido para *divulgar el conocimiento de España dentro y fuera de nuestra Patria* pues en su diseño participan importantes dibujantes del momento como Loygorri, Penagos o Juan Miguel Sánchez, los textos que los acompañan: Córdoba, Corte de los Califas; Burgos, maravilla gótica, tierra del Cid; Barcelona, la capital del Mediterráneo, corresponden al Departamento de Publicaciones cuya dirección ocupaba el poeta Pedro Salinas.

El comienzo de la guerra supuso la paralización del turismo y por lo tanto cesaron las funciones del Patronato. El Patrimonio como en todo periodo bélico sufrió grandes pérdidas y se vio en el abandono ante preocupaciones más perentorias. Sin embargo hay que

destacar la labor realizada, durante la guerra, por el Servicio de Defensa del Patrimonio en favor de la protección del patrimonio arquitectónico que impidió la destrucción de muchos edificios históricos. Una vez finalizada, al estructurarse la administración del Estado se estableció la Dirección General de Turismo dependiente del Ministerio de Gobernación la cual permanece hasta 1951 en que se crea el Ministerio de Información y Turismo, con el que se inicia el fenómeno de la expansión turística convirtiéndose en un verdadero movimiento de masas.

Los resultados de esta Dirección General de Turismo debido al estallido de la Segunda Guerra Mundial y la situación posbélica, se circunscriben en los años cuarenta a la reforma normativa del sector, repercute en los Bienes del Patrimonio el departamento de Rutas Nacionales a quien compete proponer los destinos que se intentan promocionar en el exterior.

La responsabilidad de la protección del Patrimonio Artístico Nacional recae en la Dirección General de Bellas Artes dependiendo del Ministerio de Educación, su titular en los primeros años es Eugenio d'Ors. Los múltiples daños causados en los bienes histórico-artísticos hace que se emprendan rápidamente los trabajos de consolidación o reconstrucción, en los cuales además de la Dirección General de Bellas Artes tendrán competencia las recién creadas Direcciones Generales de Regiones Devastadas y de Arquitectura, asumiendo criterios diferentes de restauración en sus intervenciones.

El éxito de la Dirección de Bellas Artes se vio mermado por la escasa dotación presupuestaria con la que contó pues, como ha ocurrido a lo largo de la historia de los bienes artísticos, éstos se van a relegar en aras de la política social y económica del Estado: es un momento de despegue económico en el que las ciudades crecen, se favorecen la industria, las carreteras, las nuevas viviendas. La ciudad histórica y los monumentos sufren en la modernización, vigilados por una Ley que no cuenta con eficaces instrumentos de actuación y resulta ineficaz ante la idea de progreso.

Como ya ha visto, la Ley de 1933 es por la que se seguirá rigiendo el Patrimonio Artístico Nacional aunque su Reglamento se modificará tímidamente por distintos Decretos que responden a la necesidad de tutelar nuevos Bienes como consecuencia de la ampliación de lo que se entiende por Patrimonio Cultural. (Debe leer

de nuevo pp. 54-55 referidas a la Convención de la Haya de 1954 para ver el sentido que se da, en este momento, a lo cultural).